
ESCENA PRIMERA.

Cantina frente á una tienda de buhonero y de prendero. Soldados de todas clases y armas discurren en todas direcciones. Todas las mesas están ocupadas. Croatas y hulanos guisan en un fogón, y la cantinera escancia vino: los hijos de los soldados juegan á los dados sobre un tambor, y se canta en la tienda.

UN CAMPESINO y SU HIJO

EL HIJO DEL CAMPESINO. — Padre, nada bueno nos espera, si permanecemos cerca de estos soldados. Son camaradas harto insolentes. Quiera Dios que nos dejen en paz, sin hacernos daño.

EL CAMPESINO. — ¡Ave María! No nos comerán, de seguro, aunque sean algo temerarios. ¡Mira! Nuevas gentes han llegado del Saal y del Mein, y traen consigo botín y objetos muy raros. Nuestro será, si somos cautos. Ciertó capitán, á quien otro ha atravesado con su espada, me ha hecho dueño de dos dados incomparables. Quiero, pues, probar hoy si no han perdido su mágica virtud. Toma el aire más lastimero posible, porque son gente irreflexiva y sencilla. Préstanse á todo si se les lisonjea, y como lo ganan, así lo gastan. Se apoderan de lo nuestro á celemines, y nos lo devuelven á cucharadas. Si manejan sus sables sin temor, con tanto mayor motivo hemos de ser disimulados y astutos. (Oyense en la tienda cánticos y vítores.) ¡Cómo se divierten! ¡Dios nos asista! Todo esto sale de las entrañas de los campesinos. Ocho meses hace ya que este enjambre

llena nuestros lechos y nuestras cuadras. Ni plumas ni patas se encuentran ha ya tiempo en todo este territorio, y el hambre y la miseria nos han de obligar á roer nuestros propios huesos. No estábamos, en verdad, peor y más desesperados cuando el Sajón llamó á nuestras puertas. ¡Y éstos se apellidan los imperiales!

EL HIJO DEL CAMPESINO.— Dos, oh padre, vienen ahora de la cocina, aunque, al parecer, no prometen mucho.

EL CAMPESINO.— Son naturales de Bohemia, carabineros de Terzky, acampados aquí de antigua fecha. Los más perversos entre todos, fanfarrones, y se pavonean con orgullo, y tienen por afrenta beber un vaso de vino con un labriego. Pero allí veo los tres cazadores, sentados á la izquierda del hogar. Ven, Emmerico; vayamos allá; son gente divertida, parlanchines, que se portan bien y tienen dinero. (Dirigense hacia la tienda.)

ESCENA II.

LOS MISMOS.— UN SARGENTO MAYOR, UN TROMPETA
Y UN HULANO.

EL TROMPETA.— ¡Qué quiere aquí este campesino? ¡Largo, bribón!

EL CAMPESINO.— ¡Caritativos señores! ¡Un trago y un bocado de pan! A la hora que es, nada caliente hemos comido.

EL TROMPETA.— ¡Ya, siempre lo mismo! ¡Siempre comer y beber!

EL HULANO. (Con un vaso.) — ¡Aun no te has desayunado? Bebe, pues, bebe, perro! (Llévase al Campesino hacia la tienda; siguenle los demás.)

EL SARGENTO MAYOR. (Al Trompeta.) — ¡Crees tú que, sin motivo, se nos haya dado hoy doble paga? ¡Sólo habrá sido para divertirnos y llenarnos!

EL TROMPETA.— La Duquesa viene hoy con la Princesa...

EL SARGENTO MAYOR.— ¡Pretexto tan sólo! Las tropas que de lejanos países se reúnen aquí, delante de Pilsen, han de fraternizar con nosotros, bebiendo bien y comiendo buen pan, y así estarán contentas y vivirán con nosotros en la mejor armonía.

EL TROMPETA.— Sí, algo se proyecta.

EL SARGENTO MAYOR.— Los señores generales y comandantes...

EL TROMPETA.— Todo esto me parece sospechoso...

EL SARGENTO MAYOR.— Acudir aquí tanta gente...

EL TROMPETA.— Para aburrirse no se tomarán ese trabajo.

EL SARGENTO MAYOR.— Y estos rumores, estos preparativos...

EL TROMPETA.— ¡Sí, sí!

EL SARGENTO MAYOR.— Y la vieja peluca de Viena, que rueda desde ayer por ahí, con su cadena de oro... Todo ello da que sospechar, á fe mía.

EL TROMPETA.— ¡Ojo! Que este sabueso, aquí de nuevo, sigue la pista al Duque.

EL SARGENTO MAYOR.— ¡Lo has observado bien? No se fían de nosotros. Tienen miedo al rostro misterioso del Duque de Friedlandia. Ha subido para ellos demasiado y quieren precipitarlo.

EL TROMPETA.— Pero nosotros lo apoyaremos. ¡Si como tú y yo pensasen todos!

EL SARGENTO MAYOR.— Nuestro regimiento y los otros cuatro de Terzky, cuñado del Duque, el Cuerpo más decidido de todos los del campamento, le somos adictos y fieles. Él, en persona, nos ha traído aquí. Él ha nombrado los oficiales y todos son suyos en cuerpo y alma.

ESCENA III.

UN CROATA con un collar.—Síguele UN CAZADOR.
Además LOS MISMOS.

EL CAZADOR.—¿En dónde has robado ese collar, croata? ¡Déjame! De nada te sirve. Te doy por él este par de pistolas.

EL CROATA.—¡No, no! ¿Piensas engañarme, cazador?

EL CAZADOR.—¡Veamos! Te doy también esta gorra azul, ganada hace poco en una lotería. ¿La ves? Vale un imperio.

EL CROATA. (Dando vueltas al collar al sol.) — Tiene perlas y finísimo granate. ¿No ves cómo brilla á la luz del sol?

EL CAZADOR. (Tomando el collar.) — Te doy además mi calabaza de campaña. (Examinándolo.) — Sólo lo quiero para engalanarme.

EL TROMPETA. — ¡Observad cómo embaucan al croata! Parte conmigo las ganancias, cazador, y me callaré.

EL CROATA. (Probándose la gorra.) Me agrada tu gorra.

EL CAZADOR. — (Haciendo una señal al Trompeta.) — Cambiémos, pues. Son testigos estos señores.

ESCENA IV.

Los MISMOS. — UN ARTILLERO.

EL ARTILLERO. (Dirigiéndose hacia el Sargento mayor.) — ¿Qué tal, camarada carabintero? ¿Nos calentare n os las manos mucho tiempo todavía, mientras los enemigos mero-dean ahora mismo cerca de nuestro campamento?

EL SARGENTO. — ¿Tanta prisa tenéis, señor artillero? Los caminos no están practicables aún.

EL ARTILLERO. — ¡Yo no! Encuéntrome aquí muy á gusto. Pero ha venido un correo y ha anunciado que Ratisbona ha caído en poder de los sitiadores.

EL TROMPETA. — ¡Hola! Entonces marcharemos pronto.

EL SARGENTO. — ¡Bien está! ¿Y para que el Bávaro defienda su territorio, siendo tan enemigo del Príncipe? No nos sofoquemos mucho por esto.

EL ARTILLERO. — ¡Lo creéis así?... Vaya; no todo lo sabéis.

ESCENA V.

Los MISMOS. — DOS CAZADORES. — Después LA CANTINERA, UN HIJO DE UN SOLDADO, EL MAESTRO DE ESCUELA, UNA CRIADA.

EL PRIMER CAZADOR. — ¡Mirad, mirad! Aquí encontramos gente divertida.

EL TROMPETA. — ¡Quiénes son estos de la casaca verde? Tienen buen aire y galanos uniformes.

EL SARGENTO. — Son cazadores hólquicos. No han adquirido sus trenzas de plata en la feria de Leipzig.

LA CANTINERA. (Acercándose y sirviendo vino.) — ¡Bien venidos seáis, señores!

EL PRIMER CAZADOR. — ¿Cómo? ¡Qué diablos! Esta es Justina de Blasewitz.

LA CANTINERA. — ¡Sí, sin duda! Y seguramente este señor es Pedro el Largo de Itzeho, que, durante cierta noche de feliz memoria, trasladó á Gluckstadt con nuestro regimiento los ducados de oro de su padre.

EL PRIMER CAZADOR.—Y que ha trocado la pluma por la carabina.

LA CANTINERA.—¡Vaya! Somos, pues, antiguos conocidos.

EL PRIMER CAZADOR.—Y ahora nos encontramos en Bohemia.

LA CANTINERA.—Aquí hoy, primo, y mañana en otra parte... Las crueles vicisitudes de la guerra nos empujan, arrastrándonos de aquí para allá. Bastante he corrido ya.

EL PRIMER CAZADOR.—¿Lo creéis así? Es natural.

LA CANTINERA.—He llegado hasta Temeswar con los carros de bagajes, cuando perseguíamos á Mansfeld. Con el Duque de Friedlandia acampé delante de Stralsund, y allí perdi todo mi haber. Con las tropas auxiliares estuve junto á Mantua, y de allí volví con Feria; y con un regimiento español hice una excursión á Gante. Quiero probar ahora si pago mis deudas en Bohemia... si el Príncipe me ayuda con su dinero... Aquella es mi cantina.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Vaya! Buena traza se da para arreglarlo todo. Pero ¿qué has hecho de aquel escocés, con quien andabas siempre?

LA CANTINERA.—¡Bribón! Me engañó de lo lindo. ¡Se fué y se llevó de paso cuanto había yo ahorrado con el sudor de mi cuerpo. Dejéme tan sólo esa buena pieza.

EL HIJO DE SOLDADO. (Que se acerca saltando.)—Madre, ¿hablas tú de mi padre?

EL PRIMER CAZADOR.—¡Bien, bien! El Emperador le dará de comer. No está demás que el ejército se aumente.

EL MAESTRO DE ESCUELA. (Acercándose.)—¡A la escuela de campaña! ¡Anda allá, pilluelo!

EL PRIMER CAZADOR.—¡Tiene miedo, sin duda, de verse encerrado!

LA CRIADA. (Aproximándose.)—Se van, tía.

LA CANTINERA.—Allá voy, allá voy.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Hola! ¿Quién es ese pequeño y lindo duendecillo?

LA CANTINERA.—Hija de mi hermana... del imperio.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Ya! ¿También una bonita sobrina? (Vase la cantinera.)

EL SEGUNDO CAZADOR. (Deteniendo á la criada.)—Quédato aquí con nosotros, bella niña.

LA CRIADA.—Hay allí parroquianos á quienes servir. (Se separa de él y se va.)

EL PRIMER CAZADOR.—¡No es mal bocado la muchacha!... ¿Y la tía? ¡Por vida de todos los diablos! Soldados hay en el regimiento, que se han desafiado por esa linda máscara. ¡Cuántas caras se conocen! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Cuántas otras cosas no veré! (Al Sargento y Trompeta.) ¡A vuestra salud, señores! Dejados un sitio.

ESCENA VI.

LOS CAZADORES, EL SARGENTO MAYOR, EL TROMPETA.

EL SARGENTO.—Gracias, amigos. De todo corazón os haremos lado. Sereis bienvenidos en Bohemia.

EL PRIMER CAZADOR.—Aquí no os fa ta calor. Nosotros, en país enemigo, nos hallábamos á veces muy mal.

EL TROMPETA.—No se echa de ver, á fe mía, según lo galanos que estáis.

EL SARGENTO.—Sí, sí; en el Saal y en Meissen no os alaban demasiado.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Callad, por Dios. ¿Qué significa esto? Los croatas tienen suya toda la tierra, y sólo nos dejan las migajas.

EL TROMPETA.—Lleváis al cuello lindos encajes, y vuestras botas os sientan á maravilla. ¡Camisas finas y plumero! Todo esto hace buena impresión. La dicha sonríe á estos señores, y nunca á nosotros.

EL SARGENTO.—En cambio, somos del regimiento de Friedlandia, y nos han de honrar y respetar.

EL PRIMER CAZADOR.—Esto no es ningún cumplimiento para nosotros. También llevamos el mismo nombre.

EL SARGENTO.—Vosotros, ciertamente, formáis parte de la masa.

EL PRIMER CAZADOR.—¿Perteneceís vosotros á alguna raza privilegiada? Toda la diferencia consiste en el vestido; yo llevo el mío muy honrado.

EL SARGENTO.—Señor cazador, os tengo lástima; usted vive fuera con campesinos. La finura y los buenos modales sólo se aprenden cerca de la persona del general.

EL PRIMER CAZADOR.—Mal aprovecháis esas lecciones. Imitáis divinamente su manera de sonarse y de escupir; pero su genio, su modo de pensar no se aprende en las paradas.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¡Ira de Dios! Si preguntáis por nosotros, nos llamarán los formidables cazadores de Friedlandia. No, no deshonramos su nombre. Lo mismo, tan sin cuidado atravesamos la tierra amiga como la enemiga, los campos sembrados como los llenos de espigas. Todos conocen la trompeta de los cazadores hólquicos. En un momento, ya cerca, ya lejos, rápidos como el diluvio, estamos allí. Como el fuego, en noche oscura, estalla en las casas no guardadas, y ni sirven armas, ni la huida, ni preparativos, ni la disciplina... vanamente forcejea en nuestros robustos brazos la doncella, porque la guerra no tiene entrañas. Pero preguntad, y no lo digo por ostentación; pero en Beiruth, en Voiglandia, en Westfalia, por todos los lugares por donde hemos pasado, los hijos y los nietos re-

cordarán á Holk y á sus cazadores por centenares de años.

EL SARGENTO.—¿Ved lo que son las opiniones humanas! El ruido y el tumulto ¿es lo que forma á los soldados? Distinguelos el tiempo, el buen sentido, la habilidad, la idea, la inteligencia, el golpe de vista rápido.

EL PRIMER CAZADOR.—Fórmalos la libertad. A vuestras palabras sólo en broma debiera contestarse. ¿Abandonaré yo la escuela y la doctrina, los servicios señoriales, la galera, el escritorio y sus estrechas paredes, para encontrarlas de nuevo en el campamento? Quiero llevar buena vida y no hacer nada, ver todos los días algo nuevo, confiarme sólo al momento presente y no mirar atrás ni delante. Por esto he vendido mi vida al Emperador, para librarme de cuidados. Llevadme ahora mismo al fuego, ó al rápido y profundo Rhin... Un hombre de cada tres ha de morir; poco me importa, y no haré remilgos. Por lo demás, lo que yo pido es que nada ni nadie me incomode.

EL SARGENTO.—¡Hola, hola! ¿Sólo eso deseáis? Pues lo encontráis bajo vuestra casaca.

EL PRIMER CAZADOR.—¿Cuántas vejaciones y torturas no había que sufrir con Gustavo el Sueco, verdugo verdadero? Su campamento era una Iglesia. Oraciones y más oraciones, por la mañana, al toque de diana y al de retreta. Alguna vez, en momentos de expansión, llegó á predicarnos desde su caballo.

EL SARGENTO.—Sí, era un príncipe temeroso de Dios.

EL PRIMER CAZADOR.—No consentía que las mujeres nos acompañasen, sino las llevaba á la iglesia. Hui al cabo, no pudiendo sufrirlo.

EL SARGENTO.—Ahora ha cambiado todo mucho.

EL PRIMER CAZADOR.—Corrí, pues, en busca de los de la Liga, cuando se dirigían contra Magdeburgo. ¡Ya esto era otra cosa! Vida más alegre y libre, vino, juego y muchedumbre de mujeres. En verdad, no se trataba de una

bagatela, porque Tilly sabía mandar. Consigo era muy rígido, pero pasaba mucho al soldado, y si no se disminuía su caja, su refrán era «vivir y dejar vivir.» Pero la fortuna no fué con él constante. Desde la funesta jornada de Leipzig, nunca más lo favoreció, sino siempre le persiguió la desdicha. Si nos presentábamos en alguna parte y llamábamos á la puerta, ni nos abrían ni nos saludaban. Hubimos de retirarnos de un punto á otro; pero el antiguo respeto, que inspirábamos, había desaparecido ya. Entré entonces á servir á los Sajones, porque, á mi entender, así lo pedía mi felicidad.

EL SARGENTO.—Llegasteis, pues, en el momento crítico de aprovechar el botín que ofrece la Bohemia.

EL PRIMER CAZADOR.—Mal me salió la cuenta. La disciplina era severa, no podíamos dominar como enemigos, habíamos de guardar los castillos del Emperador, siempre con ceremonias y cumplimientos, y convertir la guerra en juego, hacerlo todo á medias, sin chocar con nadie; en una palabra, se ganaba poca honra, y de buena gana, llevado de mi impaciencia, hubiese vuelto á mi escritorio, á no reclutar gente por todas partes el Duque de Friedlandia.

EL SARGENTO.—¿Y cuánto tiempo calculáis permanecer aquí?

EL PRIMER CAZADOR.—¿Os chanceáis? Mientras él mande, no pienso dejarlo, á fe mía. En dónde estará el soldado mejor? Todo está montado militarmente, todo se hace en grande, y el alma que anima á este ejército, como soplo del viento, descendiéndole y alcanza hasta al último jinete. Ando, pues, con paso arrogante, y huello sin miedo al paisano, como el general á los Príncipes. Se vive ahora como en los buenos tiempos pasados, y todo lo puede el sable. Solo hay una falta ó un delito: desobedecer las órdenes recibidas. Lo que no se prohíbe, es lícito. Nadie pregunta cómo pensamos. Dos cosas son las importantes, lo que interesa

ó no interesa al ejército, y mi deber es mi bandera.

EL SARGENTO.—Bien, cazador, así se habla. Vuestro lenguaje es el de un soldado de á caballo de Friedlandia.

EL PRIMER CAZADOR.—Él no manda como delegado, como si recibiera su cargo del Emperador. Poco se cuida del Emperador; y si no, ¿de qué le ha servido hasta ahora? ¿Qué ha hecho de su gran poder, para amparar y proteger al país? Se propone fundar un estado militar, revolver é incendiar el mundo, osarlo todo y dominarlo todo...

EL TRUMPETA.—¡Chito! ¿Quién se atreve á proferir tales palabras?

EL PRIMER CAZADOR.—Yo hablo lo que pienso. El General ha dicho que la lengua es libre.

EL SARGENTO.—Así es la verdad, y lo he oído alguna vez, estando á su lado. «La lengua libre, la acción muda, la obediencia ciega.»

EL PRIMER CAZADOR.—Ignoro si son esas sus palabras textuales, pero tal es su sentido.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Jamás en la guerra le abandona la Fortuna, como acostumbra hacerlo con otros. Tilly sobrevivió á su fama; pero estoy seguro de vencer bajo las banderas de Friedlandia. Tiene hechizada á la suerte, y ha de obedecerle. Quien combate bajo su estandarte, está protegido por un poder sobrenatural. Todo el mundo sabe que tiene á su servicio á un demonio del infierno.

EL SARGENTO.—Sí, no hay la más leve duda; es incontrastable. En la sangrienta jornada de Lützen, bajo un fuego horroroso, cabalgaba por todas partes impenetrable. Las balas agujerearon su sombrero; sus botas y su cuello de búfalo fueron atravesados, porque todos lo vieron; pero ni una arañó siquiera su cuerpo, amparado por una mixtura diabólica.

EL PRIMER CAZADOR.—¿Lo tenéis acaso por milagro? Lleva una coraza de piel de alce, impenetrable á las balas.

EL SARGENTO.—No; es una tintura de hierbas de hechicera, cocidas y amasadas al són de invocaciones infernales.

EL TROMPETA.—Nada de esto es natural.

EL SARGENTO.—Dícese que lee en las estrellas lo futuro, así lo próximo como lo remoto. Pero yo sé mejor lo que sucede. Un hombrecillo canoso, durante la noche, llega hasta su aposento, atravesando las puertas cerradas. Con frecuencia le han dado los centinelas la voz de alto, y siempre sobreviene algo extraordinario cuando se presenta el enano canoso.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Sí, se ha vendido al demonio, y por esto llevamos toda vida tan alegre.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—UN RECLUTA.—UN PAISANO.
DRAGONES.

EL RECLUTA. (Saliendo de la tienda con un casco en la cabeza, y una botella de vino en la mano.)—Saludad á mi padre y á mis tíos. Soy soldado y no los veré más.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Hola! Un nuevo compañero.

EL PAISANO.—¡Escúchame, Francisco! Ya te arrepentirás.

EL RECLUTA. (Cantando.)—«¡Tambóres y trompetas! ¡Fragor grato de la guerra! Andar y correr el mundo, riñiendo alegre mi corcel, y mi espada por compañera; andar, correr, volar como el pinzón, sin penas ni cuidados, atravesando los matorrales y los árboles, y devorando el espacio. ¡Vitor! ¡Yo sigo las banderas de Friedland!»

EL SEGUNDO CAZADOR.—¡Miradlo! Es un mozo de provecho. (Lo saludan.)

EL PAISANO.—¡Oh! ¡Dejadlo! Es hijo de buena familia.

EL PRIMER CAZADOR.—Nosotros no hemos nacido en medio de la calle.

EL PAISANO.—Yo os digo que tiene fortuna y recursos. Tocad, si no, su casacón, veréis cuánta es su finura.

EL TROMPETA.—El traje más precioso es el costeado por el Emperador.

EL PAISANO.—Hereda una modesta fábrica de gorras.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Hacer cuanto queremos es nuestra felicidad.

EL PAISANO.—Recibirá de su abuela una tienda y un almacén.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Puff! ¿Quién querrá comerciar en pajuelas?

EL PAISANO.—De su padrino, una taberna y una bodega con veinte pipas de vino.

EL TROMPETA.—Para repartirlo entre sus camaradas.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¡Oye tú! Seremos compañeros de tienda de campaña.

EL PAISANO.—Deja á su novia gimiendo y llorando.

EL PRIMER CAZADOR.—Bien; así demuestra tener corazón de hierro.

EL PAISANO.—Su abuela morirá de pena.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Tanto mejor; la heredará más pronto.

EL SARGENTO. (Acercándose con gravedad, y poniendo su mano en el casco del recluta.)—¡Atendedme! Vuestra resolución es loable. Ya sois otro hombre. Con el casco y con la espada podéis tratar á personas muy dignas. Menester es ahora que vuestro espíritu se eleve.

EL PRIMER CAZADOR.—Lo principal, no escatimar el dinero.

EL SARGENTO.—Por el océano de la Fortuna navegará ahora vuestra barquilla. El orbe entero os abre los brazos.

Quien no se aventura, no pasa la mar. El paisano, pesado y estúpido, como el caballo del colorista, sólo da vueltas alrededor. El soldado puede serlo todo, porque la guerra es en estos tiempos el supremo poder. ¡Miradme! Con este uniforme ¡miradme os digo! llevo yo el cetro del Emperador. Habéis de saber que todo gobierno humano nace directamente de un palo. Todos están hartos de conocer que el cetro de los reyes no es otra cosa. Quien llega á ser cabo, está abocado á los más sublimes honores, y tiene ante sí el más risueño porvenir.

EL PRIMER CAZADOR.—Si sabe siquiera leer y escribir.

EL SARGENTO.—Ejemplo al canto, y yo, testigo presencial. El jefe del cuerpo de dragones, llamado Butler, sirvió conmigo de soldado raso, treinta años hace, en Colonia, junto al Rhin. A la fecha es general mayor. Y consiste en que se distinguió y llenó al mundo con su fama militar, y mis servicios quedaron en la oscuridad. Hasta el mismo Duque de Friedlandia, tenedlo entendido, nuestro capitán general y todopoderoso señor, que ahora todo lo sabe y todo lo puede, era al principio un caballero como hay muchos, y por haberse fiado de la diosa de la guerra, se ha engrandecido como sabéis, y es el segundo después del Emperador, y ¡quién calcula lo que se atreverá á pensar y emprender!... (Bajando la voz.) Y todavía no hemos llegado al fin de la jornada.

EL PRIMER CAZADOR.—Sí; comenzó por poco, y ahora es un gran personaje. Porque en Altdorf, cuando vestía el hábito de estudiante, era, con permiso de los presentes, algo calavera y libertino, y mató en un santiamén á un criado. Los señores de Nuremberg anduvieron en cuestión sobre si se le encerraba ó no en la cárcel. Era ésta justamente un nido nuevo, y el primero que lo ocupase habia de bautizarlo. Pero ¿qué hizo? Con cautela dejó pasar antes á un perro, y hasta hoy lleva su nombre. Entre

todas las hazañas de nuestro general, esta es la que más particularmente me agrada. (La criada mientras tanto ha terminado sus quehaceres. El segundo cazador retoza con ella.)

EL DRAGÓN. (Interponiéndose entre ambos.)—Dejadla ya, buen amigo.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¿Qué diablo! ¿Os importa algo?

EL DRAGÓN.—Básteme deciros que esta joven es cosa mía.

EL PRIMER CAZADOR.—Quiere el tesoro sólo para él. ¿Ha perdido el juicio el dragón? Dice...

EL SEGUNDO CAZADOR.—¿Ha de tener algo aparte en el campamento? Toda doncella linda ha de ser común de todos, como la luz del sol. (Bésala.)

EL DRAGÓN. (Atrayéndola hácia sí con violencia.)—Repito que no lo sufro.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Bien, bien! Ya llegan los de Praga.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¿Buscáis camorra, pardiez? Pronto estoy á complaceros.

EL SARGENTO.—¡Paz, señores! El besar es libre.

ESCENA VIII.

Mineros que tocan valsos, primero con pausa y después ve-
lozmente. EL PRIMER CAZADOR baila con LA CRIADA.
LA CANTINERA con EL RECLUTA. LA CRIADA se es-
capa, y EL CAZADOR la persigue, abrazando AL CAPU-
CHINO al entrar.

EL CAPUCHINO.—¡Viva, viva! ¡Taratara! ¡Magnífico! ¡Sea-
mos también de la partida! ¿Es este un ejército de cristia-
nos? ¿Somos turcos? ¿Somos anabaptistas? ¿Así se burlan
del domingo, como si Dios tuviese gota en las manos y
no pudiera moverlas? ¿Es esta ocasión de beber, de comer

y de divertirse? *Quid hic statis otiosi?* ¿Cómo estáis así con las manos en los bolsillos? Las furias de la guerra se han desatado en el Danubio; el baluarte de la Baviera ha caído, y Ratisbona yace en las garras del enemigo, y el ejército acampa aquí en Bohemia, cuida de llenar su estómago, importándosele de lo demás un bledo, y más atiende á la bota de vino que á la guerra, afila mejor el pico que el sable, y come ternera en vez de comerse á Oxenstiern. La cristiandad gime con el cilicio y la ceniza, y el soldado se ocupa en llenarse la mochila. Tiempo es éste de lágrimas y de escasez; en el cielo aparecen signos y portentos, y Dios, Nuestro Señor, despliega desde las nubes el rojo manto de la guerra. Destaca un cometa, como una vara, amenazando con ella desde la ventana del cielo. El orbe entero es un purgatorio; el arco de la iglesia nada en sangre, y el imperio romano ¡Dios tenga misericordia! debía llamarse hoy el pobre romano. El Rin es un río de desdichas; los claustros, nidos nefandos; las sillas episcopales, obispados desolados, desiertos; las abadías y fundaciones piadosas, cavernas de ladrones y rateros, y el bienaventurado territorio alemán, un páramo miserable. ¿Cuál es la causa de estos males? Yo os lo diré. Vuestros vicios y pecados, el libertinaje y los escándalos paganos, á que se abandonan soldados y oficiales. El pecado es el maná, que atrae al hierro ahora. A la injusticia sigue el mal, como las lágrimas á la picante cebolla. A la *L* sigue la *M*, según el orden del abecedario.

Ubi erit victoria spes, si offenditur Deus? ¿Cómo vencer, si os mofáis de la predicación y de la misa, y vivís en las tabernas de continuo? La mujer del Evangelio halló al fin la moneda perdida, Saúl las burras de su padre, José á sus propios hermanos; pero quien busque entre soldados el temor de Dios, la buena disciplina y el pudor, no los encontrará, ni aun encendiendo cien linternas. Leemos en los

Evangelistas que los soldados acudían á oír al predicador del Desierto, hacían penitencia, y se bautizaban preguntando: *Quid faciemus nos?* ¿Qué haremos para entrar en el seno de Abraham? *Et ait illis.* Y les dijo: *Neminem concitatis;* vosotros no vejaréis ni atormentaréis á nadie. *Neque calumniam faciatis;* no mentiréis ni calumniaréis. *Contenti estate,* regocijaos, *stipendiis vestris,* con vuestra paga, y maldita sea toda costumbre censurable. Hay un mandamiento que dice: «No jurarás el nombre de Dios en vano.» Pero ¿en dónde se oyen más blasfemias que aquí, en el campamento del Duque de Friedlandia? Si por cada trueno y cada relámpago que despedís con la punta de vuestra lengua hubieran de tocar las campanas de esta región, no se encontrarían ya sacristanes por un ojo de la cara. Y si por cada oración impia que proferen vuestros labios impuros hubiese de caer un solo cabello de vuestra cabeza, antes de la noche se quedaría calva, aunque fuese vuestra melena como la de Absalón. También Josué fué soldado, y el rey David maló á Goliath; pero ¿en dónde está escrito que fuesen maldicientes? La boca no ha de abrirse más, á mi juicio, para invocar á Dios, que para echar un taco. Si el vaso está demasiado lleno, rebosa y se derrama.

Otro mandamiento dice: «No hurtarás.» Sí, éste lo guardáis al pié de la letra, porque de manifiesto lo lleváis todo. De vuestras garras y pico de buitres, de vuestras malas artes y manejos, no hay plata segura en cofre alguno, apropiándoos el huevo y la gallina, y no estando seguro de vosotros ni aun el choto en el vientre de la vaca. ¿Qué dice el predicador? *Contenti estate,* regocijaos con vuestra ración. Pero ¿cómo alabar á los criados, cuando son peores los amos? Como los miembros, así la cabeza. Nadie sabe todavía lo que él cree.

EL PRIMER CAZADOR.—Señor fraile, podéis vilipendiar á

nosotros los soldados, pero absteneos de denigrar á nuestro general.

EL CAPUCHINO.—*¡Ne custodias gregem meam!* Él es también un Achab y un Jeroboam, que aparta á los pueblos de la fe verdadera y los lleva al culto de los ídolos.

EL TROMPETA Y EL RECLUTA.—*¡Que no lo oigamos otra vez!*

EL CAPUCHINO.—Y un Fierabrás, y un Bú, que ha de tomar todas las plazas fuertes. Se vanaglorió con sus labios ateos de apoderarse de Stralsund, aunque estuviese sujeta al cielo con cadenas. Pero han gastado en salvas su pólvora.

EL TROMPETA.—*¿Nadie cerrará su boca calumniadora?*

EL CAPUCHINO.—Y un hechicero y un rey Saúl. Y un Jehú y un Holofernes, renegando, como San Pedro, de su Maestro y Señor, y no puede oír el canto del gallo.

LOS DOS CAZADORES.—*¡Padre, ya se acabó todo para tí!*

EL CAPUCHINO.—*¡Y un zorro y astuto Herodes!*

EL TROMPETA Y LOS DOS CAZADORES.—*¡Silencio! ¡Vas á morir!*

LOS CROATAS. (Interponiéndose.)—Tranquilizaos, padrecito; nada temáis. Pronunciad vuestro sermón, y lo oiremos.

EL CAPUCHINO. (Gritando.)—Y un Nabucodonosor orgulloso, fuente de pecado, y herético sin castigo. Hácese llamar Wallenstein, é indudablemente es para todos nosotros piedra de escándalo y de cuidados, y mientras consienta el Emperador que mande este Friedlandia, no habrá paz en el país. (Al pronunciar estas últimas palabras en voz alta, emprende su retirada poco á poco, mientras los Croatas lo protegen de los demás soldados.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, menos EL CAPUCHINO.

EL PRIMER CAZADOR. (Al Sargento.)—Decidme, ¿qué quiere significar, al hablar del canto del gallo, que el General no puede oír? ¿Es en són de mofa ó de insulto?

EL SARGENTO.—Os lo explicaré. No lo ha dicho sin intención. El General es naturalmente muy perfecto, y sus oídos, delicados como pocos. No puede oír mayar un gato, y el canto del gallo lo sobresalta.

EL PRIMER CAZADOR.—Eso le es común con el león.

EL SARGENTO.—El silencio ha de reinar á su alrededor. Tal es la consigna dada á sus centinelas, porque revuelve en su imaginación grandes proyectos. (Se oyen voces en la tienda é inusitado alboroto.) ¡Cogedlo, coged á ese bribón! ¡Á él, á él!

LA VOZ DEL CAMPESINO.—*¡Socorro! ¡Misericordia!*

OTRAS VOCES.—*¡Estáos quietos! ¡Haya paz!*

EL PRIMER CAZADOR.—*¡Lléveme el diablo, si no andan á sablazos!*

EL SEGUNDO CAZADOR.—*Vayamos allá. (Corren á la tienda.)*

LA CANTINERA. (Saliendo de ella.)—*¡Bribón, ladrón!*

EL TROMPETA.—Cantinerera, ¿quién os enfurece de ese modo?

LA CANTINERA.—*¡Pillastre! ¡Rufián! ¡Vagabundo! ¿Que suceda esto en mi tienda? ¿Afrentarme así en presencia de los señores oficiales?*

EL SARGENTO.—*Primita, ¿qué hay, pues?*

LA CANTINERA.—*¿Qué ha de ser? Han descubierto á un campesino, que jugaba á los dados con trampa.*

EL TROMPETA.—*Ya lo traen con su hijo.*

ESCENA X.

SOLDADOS, que traen al CAMPESINO arrastrando.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Es menester ahorcarlo!

CARABINEROS Y DRAGONES.—¡Al Preboste! ¡Al Preboste!

LA CANTINERA.—¡Que yo lo vea ahorcado antes de una hora!

EL SARGENTO.—Quien mal empieza, mal acaba.

EL PRIMER ARCABUCERO. (A los demás.)—La desesperación es la causa; se comienza arruinándolos, esto es, se les obliga a robar.

EL TROMPETA.—¿Y qué? ¿y qué? ¡Intercedéis en su favor! ¡Perro! ¡Que el diablo te atormente!

EL PRIMER ARCABUCERO.—El campesino, como si dijéramos, es también un hombre.

EL PRIMER CAZADOR. (Al Trompeta.)—¡Dejadlos! Son del regimiento de Tiefenbach, sastres y zapateros. Estuvieron en Brieg de guarnición, y conocen bien los usos de la guerra.

ESCENA XI.

LOS MISMOS.—CORACEROS.

PRIMER CORACERO.—¡Haya paz! ¿Qué sucede con el campesino?

PRIMER CARABINERO.—¡Es un bribón! ¡Hace trampas en el juego!

PRIMER CORACERO.—¿A tí te las ha hecho?

PRIMER CARABINERO.—Sí, y me ha dejado á oscuras.

PRIMER CORACERO.—¿Cómo? ¿Tú eres soldado de Friedlandia, y te rebajas y deshonoras hasta el punto de probar tu suerte con un campesino? ¡Que corra, pues, cuanto pueda!

(El Campesino se escapa: los demás se acercan.)

EL PRIMER CARABINERO.—El hombre es activo, resuelto. Bueno es tratar á tales gentes. ¿Quién es? Bohemio, nó.

LA CANTINERA.—¡Es un valón! ¡Respetáadlo! De los coraceros de Pappenheim.

EL PRIMER DRAGÓN. (Acercándose.)—El joven Piccolomini los manda ahora. Ellos mismos le nombraron su jefe en la batalla de Lützen, cuando Pappenheim sucumbió.

PRIMER CARABINERO.—¿Cómo así?

PRIMER DRAGÓN.—Este regimiento disfruta de ese derecho, por ser siempre el primero en la pelea. Tiene también su justicia aparte, y Friedlandia le distingue muy particularmente.

PRIMER CORACERO. (Al otro.)—Pero ¿es cierto? ¿Quién lo ha dicho?

SEGUNDO CORACERO.—Lo he oído al mismo Coronel.

PRIMER CORACERO.—¿Cómo diantre? No somos perros suyos.

PRIMER CAZADOR.—¿Qué les sucede? Están llenos de ira.

SEGUNDO CAZADOR.—Señores, ¿es algo que nos interese?

PRIMER CORACERO.—Para nadie es motivo de alegría. (Acércense los soldados.) Quieren llevarnos prestados á los Países Bajos; á los coraceros, cazadores, y cazadores de á caballo, hasta el número de ocho mil hombres.

LA CANTINERA.—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Hemos de viajar de nuevo? ¡Y ayer llegué de Flandes!

EL SEGUNDO CORACERO. (A los dragones.)—Vosotros, del regimiento de Butler, partiréis también.

PRIMER CORACERO.—Y especialmente nosotros los valones.